

LA CREADORA SOLEDAD DEL BOSQUE

Por Manuel PEDROSO

"Toute pensée émet un coup de Dés."

Mallarmé.

UN ESCRITOR solitario, en dolorida reacción de ánimo, desvanece el mito europeo del buen salvaje y de su idílica soledad natural. No trae dependencia con este hecho, antes bien lo contradice, el que se atribuya al negador del mito la confusa paternidad, nunca bien investigada, de tan manida criatura. Lo que importa es la razón y modo del cambio. "He descubierto nuevas maneras de sentir y de ver que me diferencian de los demás escritores."¹ Un nuevo "sentir" y un nuevo "ver" bastaron para que se desvaneciera el quimérico hombre natural. La quimera y la utopía son en Rousseau imposibles disonancias. Ahora los caminos ya no van al bosque. Se adentran en la profunda emotividad del corazón humano.

Aquellas palabras sencillas, creadoras de humanidad nueva, cambian el lugar de la aventura. El retablo es ahora París mismo, luz de Europa y no la selva ultramarina. En ese París de pasada la primera mitad del siglo XVIII, el convivir social desgarró la verdadera "nature" del hombre. Juan Jacobo ve con claridad aguda cómo allí prevalece el "homme de l'homme" sobre el "homme de la nature". En París, "para ser como todo el mundo había que ser como muy pocas personas".² Y si para ser algo había que imitar a unos cuantos, ¿todo lo demás qué era? Pues no era nada. Y así el Hombre y el Mundo se destruían en la prodigalidad de la Nada. En la nada se perdía un gran valor hasta entonces inapreciado. Lo natural del Hombre, su Persona. No como individuo, unidad de Razón, sino como sentimiento de irreductible dignidad de existencia.

Aquel mundo vivía seguro sostenido por una Razón, de corte muy clásico, que había superado al tipo del hombre medieval. "Mi designio es construir en un fondo todo mío..."³ Esa posibilidad de construir el mundo por el propio pensar quedaba abierta a todos. Descartes



"un sencillo bosque europeo"

proclama en sencilla frase una nueva Igualdad. La Razón es su fuente. Sus palabras precisas son troquel para una "Declaración de Derechos del Hombre", muy anterior a 1789. "Lo que llaman el sentido común o la Razón es naturalmente igual a todos los hombres."⁴ Pero esa Razón tenía un punto vulnerable al decirse que "mi esencia, o mi naturaleza, no consiste más que en pensar".⁵ Pero sí fue capaz de construir el mundo físico "more mathematico" ("Apud me omnia fiunt mathematica in Natura.") Y también de que Dios fuera el ajuste

de dicho mundo, pues al cabo la "Vera-citas Dei" era garantía contra los cubiletes de magia del "malin génie", o sea del diablo.

Ya el mundo del hombre no podía reducirse a la clásica y racional "Teoría de las Pasiones". Incapaz era ésta de sujetar al diablo, el cual, y sabido por Santa Teresa, es "muy molestor", e impedirle hacer de las suyas sin importarle las hoy no muy correctas "higas" con que la Santa le conjuraba. Creencia era de Rousseau que el hombre no se reduce a sólo Razón. Lo típico y utópico del

hombre es el sentimiento. Lo irracional desborda en su vida con ímpetu de acción, defensiva y creadora de su ser. La Razón puede tolerar pasividad pero no el sentimiento. Rousseau atacó aquel punto vulnerable y cambió al mundo al crear un hombre nuevo pletórico de acción. Hombre que aparece como cuarto en la historia de la humana aventura.

Volvamos a la ocasión del nacimiento de ese hombre. El encuentro de Juan Jacobo con París fue tan decisivo como aquel otro de Colón con los tainos antillanos en 1492. Pero este encuentro mata al salvaje ultramarino. A la carnal realidad del salvaje sólo faltaba la peluca para razonar como filósofo. ¡Tanto había aprendido con el distinguido trato de los Enciclopedistas! El referido encuentro, como el de Colón, consta documentalmente. Invito al lector a revisar las páginas de *Julie ou la Nouvelle Héloïse*⁶ en las que, en retrospectiva ficción, se recoge la aventura real.

Juan Jacobo se llama ahora el "chevalier de Saint-Preux"; huésped de París. Ve, en el retablo de Molière, representados los verdaderos actores de aquel artificioso mundo. "Hombres siempre con atuendo de doradas casacas. ¿Es que Francia no está habitada más que por Condes y Caballeros? ¿Y los demás, los que no tienen carroza, los que van a pie? ¿Qué son? Pues nada. Gentes de un mundo distinto: Pueblo." Es elocuente, aunque efectista, la diatriba de Rousseau contra los poderosos. ¡Lástima que parezca anticipo de *Los miserables* del más tardío romanticismo! Con sobrada intuición, pero falta de verdad, de una verdad entonces imposible, supone Rousseau que los poderosos ocultan, con gran sigilo y en un escondrijo cualquiera de sus doradas mansiones, el secreto de la miseria del pobre para evitar que alguien descorra su velo. "En esas doradas mansiones podría descubrirse el secreto de los medios inicuos que sirven al poderoso y al rico para arrancar el último y negro mendrugo, alimento del pobre."⁷ No sería piadoso, ante los males de nuestra época, tomar a burla el melodramático resentimiento de tan ingenua diatriba. Baste decir que ni los poderosos, ni los miseros de entonces eran capaces de descubrir el secreto, pues ignoraban su mecanismo social. El secreto, a la vista de todos, habría de seguir por muchos años oculto.

El hecho de la miseria era lo único que se conocía. Pero las palabras circundantes del hecho empezaban a expresar nuevos matices. ¡Gran material para filólogos clarividentes! Porque es conocido que el diario uso altera los términos del hablar corriente, aunque en la mayoría de los casos sin peligro. Hay, si, otras palabras que son públicas, que aspiran a serlo, soterradas en lo culto, que es siempre sentir privado. En ciertas épocas irrumpen esas palabras en el vulgo. Diríase que con ambulante apetencia de popularidad y con natural mudanza de sentido, que es la razón de su movimiento. Las gentes, al hablar lo mismo, dicen ahora cosas distintas que expresan latente deseo de un nuevo convivir. Rousseau es pródigo creador de nuevos sentidos. Le sirve dúctil la magia de su estilo que al engazar las palabras, obedientes a nueva intención, las pone de pie, les presta ganancia de sentido, que son mayor poderío de incansable andar, como descubridoras de nuevos mundos del sentimiento.

"Pueblo" se hace ahora palabra de adusto ceño. Ya no es quietud de sumisión sino término revolvedor de mundos, porque la duda ha quebrantado la obediencia. "Egalité" es ahora otra que la paulina, resignada en este mundo, porque es igualdad ante Dios y Comunidad para el Reino de los Cielos ("*Nostra vera civitas in coelis est*"). O en la más vigorosa expresión griega de "Politeuma en Ouranois".⁸ Y más distinta es aquella igualdad de los hombres ante la Razón, porque ésta no deriva a Comunidad. Pero ahora "Egalité" tiene un nuevo sentido. Es el supuesto absoluto de una estructura política que ha de realizarse en esta tierra nuestra. Significa "Fraternité" para llegar al "Moi commun", o justo convivir político.

Otra palabra, la de "Citoyen", es más nueva, aunque vieja en añoranzas de clásica antigüedad. Nueva en eco ginebrino, pues aun referida a la República de Ginebra sufre cambio. La exigua extensión del país de donde la extrae Rousseau, le impone cambio al encarnar en nuevo ser. Se cumple la ley lógica que trasmuta la excesiva cantidad en nueva categoría de cualidad. El amor al lugar, al exten-

derse a mayores territorios y número de hombres, demanda el ser de Patria, expresado en el poderoso y emotivo sentimiento de Nación, que unifica hombres y territorios en un común actuar. Esa palabra "Citoyen" es palabra clave. "Si todo se relaciona radicalmente con la Política...",⁹ el hombre de la "nature" habrá de realizarse por la política en el "Citoyen", lo cual supone una nueva forma de Estado. Y así el "homme de la nature" podrá asegurar su existencia en civil perspectiva de actualidad.

El vocabulario de Rousseau no es hablilla, como lo era la jerga de París, "simple babil", sino preciso empleo de palabras de seguro sentimiento. Y así, desconcertado el ánimo de Juan Jacobo, que sabía muy bien el sentido nuevo de las nuevas palabras, al ver anegada la luz de ese "divino modelo que llevo en mí",¹⁰ y degradada su naturaleza humana, humillada y ofendida su persona¹¹ ansía alejarse de ese mundo y de todo lo que sea recuerdo de dependencia y sumisión.¹² Se inicia la cruel experiencia personal de Rousseau. "Héme aquí solo en la tierra... yo, el más social de los hombres."¹³ Se siente "un être apart" y busca refugio de paz en la soledad.

La caída en la soledad es grave peligro humano. Sumió a Novalis en las sombras de la noche, con renuncia de amor a la luz. "Qué simple y pueril me parece ahora la luz", dice en sus *Himnos a la noche*. Y a través de la Noche escapa a la Poesía. En el mismo peligro se perdió el sentir humano en la segunda Romántica. Pero Rousseau había de superar la soledad para realizar en la vida civil aquel "divin modèle", que era su anhelo inextinguible y la razón de su vida. La soledad le sirvió para elevarse al más alto vuelo, que sigue actual en nuestro Humanismo.

En un Rousseau "releído", es decir, atento a nuestro presente, hemos de apreciar la anterior circunstancia salvadora. Era garantía de la misma que acompañaran a Juan Jacobo, con gozoso júbilo, dos muy arraigados sentimientos. El de Libertad y el de Naturaleza. Libertad llena de substancia y defensa contra cualquier situación inhumana de la Persona. Ciertamente en un Rousseau "releído" habría que eliminar aquel nefando descarrio de la "Religión civil", y de sus pueriles dogmas, que parecen medroso remedo calvinista de lo posterior y iacobino "Terror al orden del día". Ya habrá ocasión de explicar a qué se debió esa falla en la Libertad, pues lo que ahora importa es realizar, en todo su valor, el otro sentimiento de "Naturaleza" restaurada. Es la vuelta del hombre a su centro vital, a su ineludible ambiente, a una Naturaleza llena de sentido, y no sistema racional de objetos inanimados que negaría su realidad por la ley que atenaza los hechos.

En su simbólico "homme de la nature" Rousseau integra en indisoluble unión la Libertad substancial y la Naturaleza restaurada. Porque el hombre se deshumaniza al serle negada la Libertad. Su Persona se desvanece en el conjunto de seres carentes de albedrío. El peligro es muy real, y equivale al de la "des-naturalización". Sería éste el caso de una técnica de inexorable autonomía y de máxima perfección que redujera a número, peso y medida el indeterminado y siempre utópico actuar del hombre. La

(Pasa a la pág. 10)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Jefe de redacción:

Juan Martín.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:
"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,

Ciudad Universitaria, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Suscripción anual: „ 10.00

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

LA CREADORA SOLEDAD DEL BOSQUE

(Viene de la pág. 2)

máquina cibernética, salida de sus carriles, sería el substitutivo de las Ciencias políticas y morales del hombre. La ética, clave según Aristóteles de la "Politeia" se convertiría en banal antigüalla.

En nuestro mundo se corresponden, en curso paralelo, la des-naturalización del hombre y la des-humanización de la Naturaleza. Y nótese que los dos términos son intercambiables. Goethe, que tanto vio, viente el peligro. "Vivimos en el seno de la Naturaleza. Esta nos envuelve y nos ata. Es imposible librarnos de ella, pero nunca lograremos penetrar en su internidad."¹⁴ En Goethe se refleja el auténtico problema de Rousseau. "La Naturaleza vive en los miles de sus hijos. Pero ella, la Madre, ¿dónde está?"

El gran escritor y filósofo católico, Romano Guardini, señala el año de 1930 como el momento de nuestro vivir en que se agudiza el peligro. La Naturaleza ya no es lo inmediato del hombre, sino materia y energía. La técnica es el nuevo autócrata que somete a la vez al hombre y a la Naturaleza. Impone a ambos términos una sumisión absoluta a sus fines. El titanismo económico y político así lo exige de un modo implacable. Es condición de buen gobierno, y de presentes y futuras felicidades, y premio paradisiaco de nuestra deshumanización y desnaturalización.¹⁵

No fue esta digresión olvido de la soledad de Juan Jacobo, sino entrada al inminente suceder de los hechos. Ante el fracaso de París pudo Rousseau haber escrito un nuevo *Candide*, dándole un giro de vengadora y muy ingeniosa utopía. Su pluma pudo meter en dilatada selva ultramarina a todos los parisinos, despojándoles en el lindero, como primer ejercicio de igualdad, de todo su atuendo, engalanado con bordados, o deshecho en harapos. Pero Rousseau no era un humorista ni autor de utopías.

Por eso importa mucho precisar cómo ocurrieron los hechos. Porque ocurren de una manera muy distinta y contraria. No es París a quien Rousseau mete en el bosque. Es Rousseau mismo quien entra en el bosque. Y su propósito es insólito. Entra para buscar un hombre que no está en el bosque. Y lo más extraordinario es que lo encuentra. Pero ese bosque no está en América, ni es selva tropical. Es un sencillo bosque europeo. Tupido sí, espeso y solitario también, aunque ya no virgen. Estaba muy cerca de París, y era de fácil acceso. En ese bosque de Saint Germain-des-Prés, sin simios, sin cotorras y sin salvajes, perturbadores de su majestuoso silencio, encontró Rousseau al hombre nuevo que buscaba. Y lo sacó, no de la mano, pues como inventado era ser de la imaginación, hombre invisible e impalpable, pero muy eficaz como luego lo demostró la Historia.

La soledad del bosque, como el anterior ejemplo demuestra, es siempre mágica creadora. En ella habla la "Nature". La espesura, el fuerte e indefinido vaho de humedad vegetal, el cálido fermento de hojas caídas, que muertas dan nueva vida a la tierra, y el silencio, cumplen el milagro de resucitar a una Naturaleza que el Mundo perdió. Esa fuerza evocadora es muy peculiar del bosque. No la tiene ni la llanura, ni el mar, ni la montaña



Jean Jacobo Rousseau (1712-1778)

ni nada que sea paisaje. Es siempre la misma, en la Selva negra, en el Grönwald, o en los inmensos bosques de Moscú. Siempre la misma intensidad evocadora que fuera está perdida. Sí, pero es prudente cautela salir a tiempo del bosque. Sus anocheceres son peligrosos.

En aquel silencio de Saint-Germain, el alma de Rousseau se exaltó hasta las sublimes alturas de la Divinidad. Allí vivió, en escasas horas, los tiempos primitivos y no en otra parte. Y de allí sacó ese hombre "absoluto e irreductible". Ese hombre, criatura de nuestro sentimiento y "que nos hace ser lo que somos". Tanta imaginación escapó a M. Taine, pues escribe¹⁶ que Rousseau creó un hombre artificial superpuesto al "natural", y el mismo en cualquier circunstancia. Luego, conviene decir que no fue tan imaginativo Rousseau. Estudia al hombre histórico en París, no por ser París el lugar y sí porque allí se daba el tipo de hombre común a las grandes capitales. Todo esto se llamaría hoy "investigación sociológica". El resultado fue deplorable. Reveló la condición inhumana

na de la vida del hombre de aquel tiempo. Como contraste con esa realidad, luego ante esa realidad, y fuera, pero no en contra de ella, establece la modalidad humana del verdadero hombre. Este hombre habrá de realizarse en la Historia. Rousseau se percató de la dificultad y bien la expresa en el pedagógico esfuerzo del *Emile*, hombre natural y educado. El esfuerzo no lleva al hombre a convivir con los osos, sino a la vida política en la Ciudad. Esta invención es un hecho histórico de gran importancia. Y es extraño que M. Taine, tan sutil en sus análisis, y escrupuloso recolector de hechos, desconozca el hecho señalado, tan importante y tan eficaz, en los preludios de aquella Revolución que trata de explicar. Pero ya lo dijo el mismo Rousseau: "El que pretende tan sólo observar no observa nada."¹⁷

II

"Quand bien même lancé dans des circonstances éternelles du fond d'un naufrage."

Mallarmé.

¿No se ve claro el gran intento de Rousseau de negar al salvaje primitivo como natural ejemplo del hombre nuevo? Ese indígena ultramarino, que estaba ahí en toda su realidad corpórea, era gran estorbo para la arquitectura del sistema. La negación del salvaje supone el invento del "homme de la nature".

Fuera de la exigencia metódica, tan sutil como necesaria, movía a Rousseau para hacerla cierta contingente modalidad de buen sentido. La evocación del salvaje, en la espléndida luz del siglo XVIII, era ya ineficaz metáfora. ¿Cómo había de vencer el innegable claroscuro de inhumanidad, dentro de aquella luz, el corto vuelo de tan tosca criatura? Y, para mayor ineficacia, tan menoscabada en su virtud por un mayor saber histórico. Antes de cumplir la parábola de su vuelo hubiera caído como "corpo morto cade".

Sobre el menguado valor natural del salvaje había aprendido mucho Rousseau de Michel de Montaigne, quien a su vez aprendió del cronista Gómara. Ese salvaje está ya muy lejos del "primer estado de naturaleza". "No es el estado original del hombre."¹⁸ ¡El repudio del salvaje es definitivo! Juan Jacobo alivia esa despedida con otro argumento de ignorancia etnográfica. ¿Qué sabemos de



El genio de Voltaire y de Rousseau conduciéndolos al templo de la Gloria y de la Inmortalidad



"solo en la tierra... yo el más sociable de todos los hombres"

cierto sobre esos pueblos primitivos? En realidad no conocemos más hombre que el europeo. Los viajeros no saben describir al salvaje más que a través del hombre nuestro. Y Rousseau comprueba, malhumorado, que al parecer la Filosofía carece de curiosidad viajera.

A Rousseau le importa lo que "es" el hombre y no su génesis. No le sirve la hipótesis de la creación divina. Tampoco el conocimiento pre-humano, el "*système animal*". Saber lo que".¹⁹ Ese captar del hombre, de lo que es, no se aprende de lo que "fue", de cómo se generó. El descarte de la hipótesis divina era ineludible. Si la admitiera, su hombre de la "*nature*", por filial comunidad de origen, habría de ser social y comunitario. Y así la hipótesis divina, o trascendente, que no se niega pero que se sitúa en distinto plano, aniquilaría el postulado sistemático. No podría éste servirle para afirmar la Libertad y la Igualdad del hombre. Negaría la radical afirmación metódica de que el hombre es "originariamente", o sea por "*nature*", no social sino a-social.

Había que evitar muchos escollos. Luego "empecemos por apartar todos los hechos". Al descartar los hechos se abren despejados los senderos de la imaginación constructiva que habrán de llevar al hombre a la más perfecta realidad de su propio mundo... que no es el mundo del salvaje. ¿Hubiera sido capaz éste, en su natural realidad, de tan anchuroso y promisor vuelo?

La consecuencia es inevitable: Invención del "*homme de la nature*". Y con una primordial característica, la de carecer de "*nature*". No es paradoja sino exigencia debida a la misión que cumple.

Es ésta la de infundir "*nature*" al único hombre real y posible, o sea al hombre histórico y... social. El hombre de la "*nature*", desde luego, y esto es evidente, carece de "*état*" porque no tiene modo de "estar". Si lo tuviera habría de vivir en relación social. ¿Y quién lo ha visto implicado en tal relación? La relación social supone pluralidad de personas. Pero ese hombre no tiene plural. Esta categoría de pluralidad equivaldría a su negación. Es único. Y así, como Idea, llena de realidad pudo actuar como peligroso Ser.

Siga la imaginación atando hilos. Si Rousseau ha de salvar la eficacia de ese hombre, que carece de un "*état*", su imaginativa le lleva a construir otro "estado" que sea su más directo reflejo. "*Quoi faire alors?*" ¿Ahora sí que echa mano del salvaje! Pero no del ultramarino. Junta en compañía cierto número de salvajes primitivos que viven en el mismo bosque. Pero todo ello como "*pure conjecture*". Y, para afirmar su libertad, les supone movidos por un inocente "*amour de soi*" amor propio). Como se basta con esfuerzo mínimo para satisfacer su vida, no necesita subyugar a sus iguales, ni está a ellos ligado por vínculo alguno. Su naturaleza a-social funciona perfecta. Un muy débil sentimiento de "Piedad" es el único índice de unión en tan libre compañía.

El lector captará cuanto balbuceo de Historia se ha infiltrado a través de la inocencia tan aparente del bosque. Por saberlo Rousseau no confunde al "*homme de la nature*" con el salvaje primitivo. Este sí puede tener "*état*", aunque imaginado. Juan Jacobo sabe mucho más, y

por saberlo sus supuestas puerilidades tuvieron tanta trascendencia histórica. Sabía, desde luego, que la propia naturaleza del hombre no podía subsistir en la realidad "natural".

Eleve hasta lo más alto su imaginación el lector, para que, y según la figura del místico, pueda "dar a la caza alcance". Y, fuera de toda realidad histórica, vean sus ojos cómo Rousseau, en el centro del bosque, monta un gran retablo de figurantes. Estos figurantes, un tanto rígidos, al punto que parecen de palo y se confunden por el color con los centenarios troncos, son los salvajes de la compañía. Acaso la crítica teatral ponga reparos a la penuria de la acción y al diálogo, más balbuceo que robustez de palabra. El crítico ignora que la sabia Naturaleza crea trabas a la expresión hablada del salvaje. Y no por insuperada deficiencia, y sí a sabiendas, pues el fluir del lenguaje lleva a la peligrosa trampa de la sociabilidad. ¿Acaso olvidó el crítico sus luminosas gafas y no pudo leer la explicativa nota del autor, acotada al margen del guión escénico?²⁰

Deje el espectador de lado los reparos de la crítica. Agudice intuitivo su apremio vital. Vea cómo esos figurantes expresan ricos símbolos. Vea y oiga cómo la letra dice más que su articulación, pues aquí es un hablar por alegoría que pugna hacia mayor verdad. Considere que el autor de ese nuevo "Gran Teatro del Mundo" se vale "de la vana a inferior arquitectura", remedo de algo que va más lejos. Así hablaría Calderón en su más famoso Auto sacramental.

¿Cabe confundir ambos retablos, el divino y el profano? Son planos distintos. Y dejemos la diferencia del lugar escénico; un bosque, o el atrio de una Catedral. Y es penoso no destacarla, pues el atrio ya expresa madura civilización. Pero no sigamos ese camino. La diferencia más clara entre los dos "Grandes Teatros del Mundo" habría de buscarse en el distinto autor de la obra. En un caso, Dios, en el otro, el mismo Rousseau, demiurgo del "*homme de la nature*". Dios es el "Actor Soberano" de ese Mundo. Y a la vez, rígido Director de la muy trabada escena. Su Teatro es rigor de Teodicea. Sí, pero el hombre, el recitante, se mueve en el marco inexorable con mayor libertad que el de Juan Jacobo, que es todo él indispensable "*Liberté*" y "*Egalité*", aunque ambas, en su modalidad natural, sufran en el último cuadro catastrófico derrumbe. Y debe el hombre de la Teología esa mayor libertad a cierto misterioso y responsable albedrío, promisor de salvación. Y esto por la diferencia de Autor ¿pues no se aprecia que el animador del retablo profano, más que soberano es hábil agente de marionetas? Los hilos, anudados a sus dedos, suplen con su tirar la inercia del salvaje, supuesto actor de muy escaso albedrío.

Tanta diferencia es aún poca determinación. La vida en el Teatro divino es sueño, es mentida realidad, trasunto de la que está en los Cielos. Pero en el retablo del bosque, la pobre vida, de breve acción, es anunciadora de espléndida realidad del hombre social e histórico. Vida creada por el más vigoroso esfuerzo humano. Y así es todo Rousseau, no pasado natural sino proyección en un futuro inextinguible.

Mas ahora atienda el espectador del retablo profano cómo la acción se desarrolla.



Tumba de Rousseau en la isla de Peupliers, en Ermenonville



Les Charmettes, casa de Rousseau

Fije la vista hacia el lado derecho del retablo. Verá salir de entre las sombras del bosque extrañas figuras, ya no de palo, ya no en su color confundidas con leños, ya no casi inertes o balbuceantes. Todo es ruido, color y palabra que articula catástrofes. No son figuras humanas, aunque sí tomen forma de tales. Esta es permitida ficción. Pero, si no humanas, son naturales, tanto como el salvaje a quien ahora amenazan. Salidas de naturaleza terrenal se llaman el Fuego, el Volcán, la Fecundidad, el Hambre, la Subyugación. No tienen la armoniosa dulzura que, junto al Rey y el Labrador, el Caballero y el Monje, el Pecador y el Justo, en los Autos sacramentales irradian otras figuras alegóricas, como la Fe, la Gracia, la Salvación, la Eucaristía, la Caridad, el Arcángel, y todas las Potencias de un Mundo divinal que expresan Eternidad. Las figuras sacramentales incitan al hombre a su elevación divina. Pero las naturales, con implacable furia antihumana, tienden a su aniquilamiento. No son figuras pasivas sino de muy impetuosa acción.

Más ahora por la parte izquierda del retablo, en un haz de luz, aparecen otros figurantes, la Energía, el Trabajo, la Invención, el Saber, el Arte, la Industria, la Metalurgia y la Agricultura, ¿Son naturales? Cabría dudarlo. Parecen, según el diálogo polémico con las potencias del otro extremo del tablado, defensoras de la causa del hombre. ¿Y no expresan sus nombres actividades humanas? ¿O su presencia en el tablado no es incitación a que el hombre las desarrolle? Obsérvese entre ellas una figura incierta y vacilante, tan desdibujada como las restantes son vigorosas. ¿Por dónde entró? Se llama el "*Funeste hasard*", o la Casualidad funesta. Lleva de la mano al "Hierro" y al "Trigo", cuyo secreto, tan cuidadosamente oculto por la Naturaleza, descubrió de un modo casual. "Secreto terrible" le llama el autor del guión escénico. Porque ese azar determina la gran catástrofe, ya inminente.

El aparecer de esas figuras simbólicas en la escena, implacable exigencia de nuevo estado humano, marcó la hora. Agotada la pugna verbal que alegó razones incomprensibles para el salvaje, pero necesarias a la acción, la dramaturgia culmina en derrumbe. Fue vencida la macidez del retablo por la sacudida impetuosa de tanta nueva y desenfrenada fuerza. El soltarse de las trabes y el quebrarse los maderos es ahora nuevo símbolo. Aquella hipotética bondad del hom-

bre, y esa libertad y esa igualdad, y aquella pretendida paz, nunca vividas por no sentidas, se pierden en el polvo. Los salvajes, antes inertes y pasivos, adquieren vida al escapar del bosque y dispersarse en despavorida carrera. Diríase que la fábula de Pigmaleón se repite con nueva actualidad. Las fuerzas simbólicas pierden su existencia propia, porque ahora el hombre es el centro de toda futura acción. Su vida depende del acierto en dominarlas. El nuevo drama no es retablo de marionetas, sino Historia. El "*homme de la nature*" se ha convertido en histórico, "*in societate vivens*".

Pero lo que ahora importa es que "la sociedad naciente cedió el sitio al más terrible estado de guerra".²¹ ¿Ese estado de guerra era tan ineludible como la salida? El problema es típico del propósito y de la intención metódica de Rousseau. No cabría en Hobbes, para quien la entrada en civilidad no es decaimiento sino superación. Pero estamos en Rousseau, y así cabe reconocer que no fue bien "sacado" el salvaje de su mundo natural. No pudo ni oponerse a la salida ni salir por su propio esfuerzo. Carecía de apetencia hacia otro estado, pues la cortedad de su ingenio le impedía el concebirlo



"estorbo para la arquitectura del sistema"

y lo flaco de su voluntad el realizarlo. Luego, ¿cómo culparle de error? Y menor razón es la que alega Juan Jacobo al referirse a la imperfección del estado político, "siempre imperfecto porque era obra del azar".²² Este anuncio de "*Volonté Générale*", muy prematuro, y por eso más importante, nada resuelve. ¿Cómo iba a intuir los difíciles "*devoirs*" de la "*Volonté Générale*" ese balbuciente "*futur citoyen*"?

La crudeza de hostilidad se debía al nuevo estado que ya no era de sosiego natural sino estorbo de paz. ¿Imputable al hombre? Este, sin mucha brújula, había de acomodar su "*nature*" a las nuevas condiciones. ¿De qué le serviría su pretendida bondad natural? Era muy relativa, y cada vez la creo de menos valor dentro del mismo sistema. Y digo relativa, porque "El hombre salvaje, cuando ha cenado, está en paz con toda la naturaleza y es amigo de todos sus semejantes."²³ Aunque la frase aparezca como de Juan Jacobo, toda la nota ix del *Discours* en que figura es de la pluma desenvuelta de Diderot. Conviene acotarla, pues deriva a la circunstancia de que ese salvaje, frente a una Naturaleza antes pródiga y ahora hostil, y en competencia con otros hombres, ha de buscar su diaria pitanza. La consecuencia es grave, pues cambia la "*nature*" del hombre: "De libre e independiente que era antes el hombre, ahora está sometido, por decirlo así, a toda la 'naturaleza' y sobre todo a sus semejantes."²⁴ Aquí aparece la inevitable enajenación del hombre, propia de toda relación social. Ahora, lo que sí puede tratar de evitarse es que esa enajenación sea inhumana.

Y no sólo por la pitanza resurge el caribe. La sociedad es violencia del poderoso y opresión del más débil. La "*Liberté*" es negada en vida de servidumbre, y "*l'Egalité*" en arrogancia de mando. El Poder aviva la cruel ambición y despierta el muy "natural" y no tan oculto deseo "de hacer su provecho a expensas del prójimo".

No se engañe el lector de Rousseau. Aquí no se describe al salvaje, sino a otra sociedad "*naissante*", en los siglos xvii y xviii en la misma Francia. "No vemos a nuestro alrededor sino gente que se queja de su existencia." Esa sociedad pronto tendrá su nombre. Se llamará sociedad civil o burguesa. Su principio será el interés personal y no el de simpatía y estimación de lo humano. Lo privado prevalece sobre lo público. La Filosofía sirve a esa nociva política. De aquí el

arrebatado y primerizo escrito sobre la acción corruptora de las Ciencias y de las Artes. Aunque el autor reniegue del mismo y diga: "De todos los trabajos que han salido de mi pluma... el más débil... Carece en absoluto de orden y de lógica",²⁵ y sea esto cierto, es pieza indispensable de su sistema.

Las técnicas funestas que privaron al hombre de su estado de "nature" fueron la metalurgia y la agricultura. "Civilizaron al hombre, pero fueron causa de perdición del 'genre humain'." ¿Paradoja? Acaso, pero el tema es de muy antigua modernidad. Los mitos clásicos se valen de aquella paradoja para introducir entre los hombres la virtud política y la justicia, que harán posible la existencia de la "Polis" antigua.

Prometeo fue robador del fuego. El hecho causó turbación. Si aquella audacia se ensalza como acto civilizador, ¿por qué el griego comprende el castigo que sufre Prometeo?²⁶ La razón se explica. Los hombres aún ignoraban los principios políticos que habían de gobernar la desmesura de las fuerzas naturales. Análoga voz se eleva en el coro de la *Antígona*.²⁷ La inventiva del hombre no tiene límites en el orden creador de técnicas. Pero ¡proscrito sea de la Polis el hombre que las aplique al mal! Sócrates²⁸ condena, como ignorantes y esclavos, a quienes sólo saben, por causas naturales, desatar vientos, provocar lluvias y cambiar temperos. Porque lo que más importa es conocer lo que es el hombre, lo que es la justicia y lo que es la Polis. Y Sócrates se solazaba en la discusión de lo humano. ¿Acaso comprendamos hoy mejor, ante vesánicas amenazas, todo el sentido humano de los antiguos mitos, mejor que los contemporáneos de Rousseau!



Caricatura anónima de Voltaire

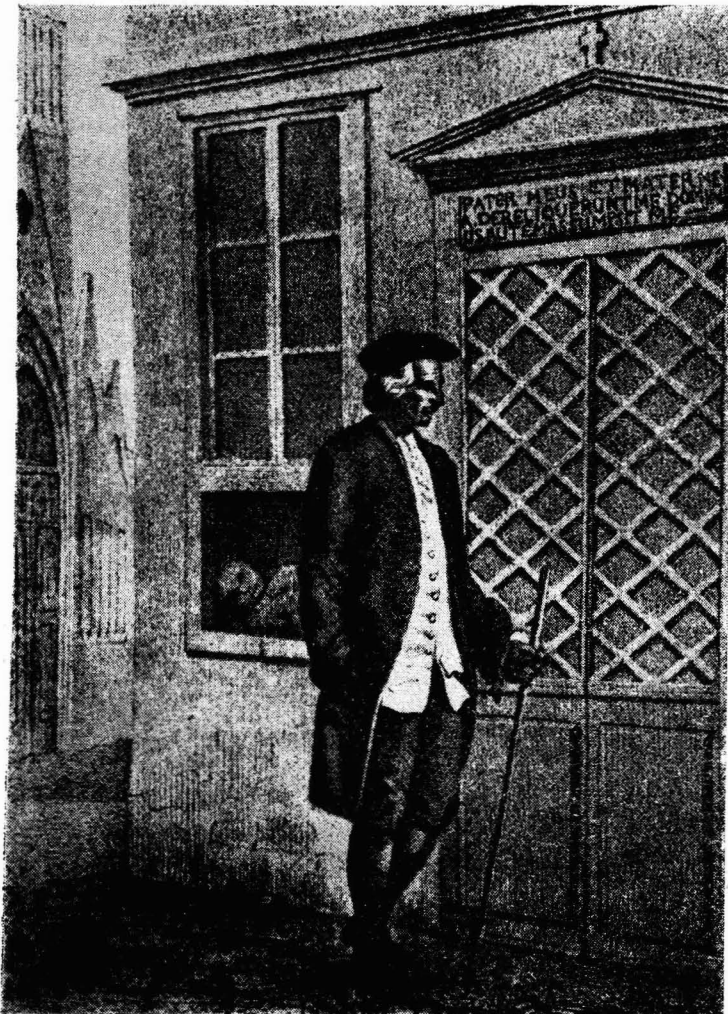
Fue empeño de Juan Jacobo superar la condición inhumana de aquella sociedad. Inventó la "*Volonté Générale*" como actualizadora de posible "*Fraternité*". Con invocación patética hizo vibrar por el mundo el sentir humano latente ya en los antiguos mitos. Y esto fue más importante que el fracaso de su empeño.

Quede esto dicho con brevedad de apunte que exige un inminente capítulo sobre "El trágico fracaso de la *Volonté Générale*". Allí se verá cómo de ese fracaso salió enriquecido el pensamiento occidental, aunque para Rousseau, que se dio cuenta, fuera la más dolorosa desilusión de su vida. Tan grande catástrofe como para el salvaje el derrumbe del retablo de su simbólica "nature" natural,

en gloriosa esperanza imaginado por Juan Jacobo.

NOTAS

- 1 (*Dialogues*, 3).
- 2 Pour être comme tout le monde il fallait être comme très peux des gens.
- 3 Mon dessein est de bâtir dans un fond tout à moi... (Descartes, "*Disc. de la Méthode*", II, p. 65, édit. Gilson.)
- 4 Ce qu'on nomme le bon sens ou la Raison est naturellement égal à tous les hommes. (*Disc.*, I, p. 44.)
- 5 *Disc.*, IV, p. 81).
- 6 Lib. II, Cartas, 12 y 27).
- 7 N. H. II, 27.
- 8 S. Pablo Ep. ad Philip. III, 20.
- 9 Si tout tient radicalement à la Politique... (*Confessions*, IX.)
- 10 Divin modèle que je porte en moi.
- 11 *Conf.* VIII.
- 12 *Ib.*, I.
- 13 Me voilà seul sur la terre... moi le plus social des hommes.
- 14 Fragmento: *Die Natur*, de 1792.
- 15 *Das Ende der Neuzeit*, 1950.
- 16 *Orig. de la France cont.*, II, 47.
- 17 Celui qui ne prétend qu'observer, n'observe rien. (N. H., II, 17.)
- 18 "Premier état de nature" (*Disc. Inég.*, p. 5). "Il n'est point l'état originel de l'homme" (*Ib.*, 104).
- 19 "Savoir ce qu'il est" (*Ib.*, 47-48).
- 20 *Disc. Inég.*, p. 60.
- 21 La société naissante fit place au plus terrible état de guerre (*Inég.*, p. 83).
- 22 "Toujours imparfait parce qu'il était l'ouvrage du hasard" (*Ib.*, 91).
- 23 L'homme sauvage quand il a diné est en paix avec toute la nature et l'ami de tous ses semblables" (*Inég.*, nota IX).
- 24 De libre et indépendant qu'était auparavant l'homme le voilà assujéti pour ainsi dire à toute la "nature" et surtout à ses semblables.
- 25 "De tous les travaux qui ont sorti de ma plume... le plus faible... Il manque absolument d'ordre et de logique." (*Confessions*, IX.)
- 26 Esquilo, *Prom.*, 312 C.
- 27 Sófoeles, *Ant.*, 365-73.
- 28 Jen., *Mem.*, 15-16.



Rousseau delante del hospicio de los Niños Hallados



Grabado de Moreau el Joven para el Emilio